

Arturo Alape: todos los relatos

Carlos Vásquez-Zawadzki*
Universidad del Valle

La obra narrativa —cuentística, en primer lugar— del escritor y pintor colombiano Arturo Alape (Cali, 1938), se inicia en 1972 con la publicación de *Las muertes de Tirofijo*, continúa con *El cadáver de los hombres invisibles* y se consolida con *Julieta, el sueño de las mariposas*, en 1979 y 1994 respectivamente.¹ En el primero y segundo volúmenes, las coordenadas espaciotemporales (o diégesis) de sus historias son situadas y vividas por sus narradores (la mayoría en primera persona, intradieгéticos) en el campo, la montaña, la selva, el río (el Coreguaje atraviesa el segundo libro) de la violencia partidista, las migraciones campesinas, la resistencia y los conflictos entre organización guerrillera y fuerzas militares. En *Julieta*, irrumpen la vida cotidiana en la ciudad moderna y otras maneras de contar: orígenes buscados, identidades innombradas, vida erótica inesperada y desconocida, la calle abierta a la realidad y la imaginación, las acciones de personajes y narradores en el microcosmos y la memoria de la casa grande. Alape prepara ahora un cuarto libro de cuentos, estructurados estéticamente alrededor de la temática del viaje, extraterritorialidad de una ciudad a otra, del país colombiano a otras geografías.

Noche de Pájaros (Bogotá: Planeta, 1984) es su primera novela. Moderno e intenso relato situado en Cali a finales de los años cuarenta: historia de la última noche de su protagonista anónimo —personaje observador, pasivo y preso en la red de sus recuerdos familiares o imágenes de culpa—, quien, luego de presenciar una masacre en la casa liberal, transgredirá los signos del poder y discurso dogmáticos (*La transparence du Mal*, Baudrillard) que determinan, a través del toque de queda arbitrario, la soledad y el

* Profesor titular de la Universidad del Valle, Cali; vzespino@colombianet.net. Esta nota se elaboró a propósito de la publicación de *Sangre ajena*. Bogotá: Planeta, Seix Barral, 2000.

1 El primer volumen se publicó por el Avejón Mono, Bogotá (la cuarta edición, Seix Barral, 1998); el segundo por Alcaraván, Bogotá (reeditado por la Oveja Negra, Bogotá, 1985); el tercero por Editorial Planeta, Bogotá.

silencio de la ciudad nocturna (escindida de la diurna, alegre y polifónica). Rememorando su vida inactiva y culposa, con miedo pero después con la decisión definitiva de enfrentar la mirada y las armas de los victimarios (los pájaros o sicarios de la violencia partidista en los años cuarenta y cincuenta), morirá “antes que la muerte lo alcanzara, llegara patética y lo mirara a los ojos”.

Ahora bien, si en *Noche de Pájaros* el narrador contaba —ordenando recuerdos y sensaciones presentes— la última noche del protagonista, retro-prospectivamente, desde una doble y/o reflexiva —conjugada mas no simultánea— mirada (la del narrador en segunda persona, la del personaje focalizado), en *Mirando al final del alba* (Bogotá: Planeta, 1998), segunda novela de Alape, la historia de Damián Soler y Margoth, fotógrafo el primero, cineastas los dos, será contada en espiral por el narrador (intradiegético): Javier, personaje protagonista, guionista y escritor de ficción, en/ de la misma historia. En espiral, pero en ritmo de alternancias entre la voz del narrador y otras voces diferenciadas, al reescribirse o narrarse —años después de la muerte de Damián, encerrado éste en el cuarto de edición— los procesos, la estética de filmación y las imágenes secuencializadas de tres documentales: “El basuro de Cali”, realizado por Margoth y Damián (ella, la razón histórica objetiva y la determinación de los contextos sociales de clase; él, la mirada intuitiva y la recreación poética del instante); “Juan de la Cruz Varela” por Margoth y “Manuel Quintín Lame” por Damián. Todo ello en contrapunto narrativo o discursivo: diálogos, monólogos interiores (los de Margoth, al producirse la ruptura afectiva de Damián, en su encierro paralelo al de su compañero y padre de sus dos hijos, en su cuarto-huevo del Jardín de las Delicias Terrenales de El Bosco), sueños contados, rememoraciones, testimonios..., de los personajes de la historia y de aquellos representados en la(s) historia(s) de los documentales. *Mirando al final del alba* se propone como relato de *regresos* (de allí la estructuración narrativa en espiral), regresos impulsados por la culpabilidad hacia lo perdido e innombrado, lo desconocido y olvidado, lo deseado y descorporizado o reprimido (que volverá...), lo soñado o imaginado o no-dicho. Regresos en la ficción espacializada más que temporalizada del ver y narrar en los cuartos de montaje y habitación. Regresos a través de imágenes tatuadas en la memoria —trazos como palimpsestos— y desdobladas, miradas de la mirada, en la creación artística y literaria. Regresos fragmentarios y totali-

zadores de la memoria del narrador-personaje en el espejo resquebrajado del libro escrito. Regresos en fin para volver a ver y vivir, en la medida en que lo visto —en sí mismo y en los otros— nos interroga, nos cambia y transforma, nos dice, nos nombra, nos deviene, nos hace ser. En la memoria individual y colectiva como palimpsesto; al tiempo que en la memoria individual y colectiva como liberación: la relectura y reescritura ficcionales.

Saga de iniciación y liberación

Sangre ajena, la tercera novela de Arturo Alape, es el destino trágico de Ramón Chatarra —hasta ayer sicario de “Medallo”—, en el cual sus agónicos recuerdos y experiencias de niñez y juventud por las calles de luz y oscuridad y sombras familiares de Bogotá y Medellín, nos son contados durante seis o más meses de preguntas y conversaciones, a través del supuesto escritor y primer narrador (heterodiegético) de *Sangre ajena*: “En este instante” —afirma Ramón, al desear agotar en sus diálogos las insondables y postreras imágenes de violencia de su memoria— “quiero olvidar y meterle una puñalada certera al corazón de los recuerdos para que todos murieran en la travesía de la muerte”. A su vez, quien lo escucha, como narratario en nuestro lugar de presentes y futuros lectores, afirma: “Me convertí en cómplice de su historia, que estimulaba e incitaba salir la raíz de sus recuerdos, en el despertar ansioso de ser escuchados [...]; yo era el espejo que escucha respetuoso, no traga entero y en cualquier instante de la narración provoca desacuerdos y saca a flote con sus preguntas profundidades humanas perdidas en los laberintos de su memoria”. Así, mediando un contrato simbólico, pragmático y ficcional entre Ramón Chatarra y el escritor (“cuando escriba el libro no me olvide en su memoria como hombre, déjeme que viva en un rincón de sus páginas...”), esos recuerdos regresarán para transcribirse en el *suspense* del relato sobre la página blanca o impresa, en el arco tenso de la memoria del niño sicario que fuera, para reconstruir una y múltiples existencias cercanas y amadas pero arrinconadas en la borradura de la muerte (en especial la de su hermano y sombra Nelson, la de don Luis —el patrón-padre—, la de la Paisa, amante inquietante más allá de la certeza de su desaparición), vividas en el corazón de lo prohibido por las leyes de la ciudad, mejor, urbe sin centros y abierta; vividas asimismo en el límite insoportable del deseo, del miedo y la soledad

de una juventud anónima y marginal pero decidida, sin oportunidades ni alternativas sociales.

Es *iniciática* la novela de Alape de esta juventud actuante en el espacio multitudinario —ese su universo cotidiano de voces fragmentadas y apocopadas, personajes o “héroes degradados”, sin genealogía ni historia, aventuras rentables centradas en “cruces” o golpes de violencia reiterativos, innumerables— de las calles de la urbe moderna de Medellín (“En la ciudad resulta fácil escaparse de los lugares donde cada persona tiene sus redes sociales y ampararse en el anonimato para mostrar su lado violento, y la ciudad, por su amplitud, la densidad de población, la situación que favorece la impersonalidad de las relaciones, crea y desarrolla la violencia”, T. Del Valle, *Violencia y Sociedad Patriarcal*). Ello, en la geopolítica colombiana en crisis total de valores y sentido, clasista, injusta, violenta de finales del siglo XX y comienzos de un nuevo milenio, sin horizontes ni axiológico ni civilizatorio. De manera paradójica, *Sangre ajena* es saga “rimbaudiana” de liberación individual en la que, adentrándose esa juventud excluida de la Historia en experiencias de límites de todos los sentidos, se asumen en los sueños y la realidad “cantos de vida”.

Sangre ajena es, en pocas palabras, ficción estética, iniciática, del mundo de “cruces” o golpes afortunados o desafortunados del crimen organizado. Y simbolización de valores no establecidos ni aceptados por la sociedad burguesa de la lógica determinante (¡trágica!) del mercado y la globalización, frente a la vida y la muerte de sus personajes: amistad y hermandad en microcosmos de crimen, amor y sexualidad sin normas ni represiones; vida cotidiana lapidaria y futuro en el presente total; y por supuesto, dinero y droga, cuerpos y bienes de consumo. Saga de la memoria fraterna y pasional sin límites interrogada y narrada en un creativo lenguaje novelesco; saga de la insensata agonía de ser.